

CAPITULO XI.

Sitio de Puebla.



las 9 un cañonazo disparado en el fuerte de Guadalupe anunció que el enemigo estaba frente á las puertas de la ciudad.

Entonces ocupó los cerros de Amalucan y de las Navajas, fortificándose en el acto para apoyar sus movimientos.

A las once prolongó su línea por la derecha colocándose frente á los fuertes de Guadalupe y Loreto, deteniéndose la columna en la hacienda de la Manzanilla.

De sus campamentos se desprendieron en la tarde tres columnas con tiradores á su frente, con dirección al fuerte de Guadalupe, haciendo alto al pié del cerro.

Entre tanto nuestra artillería permaneció en silencio, para que el enemigo no pudiera medir el alcance de nuestras piezas, y la plaza continuaba tranquilamente sus obras de zapa, teniendo las tropas su armamento en pabellones.

Al siguiente día, 17, apareció el Ejército del Centro por las lomas Uranga, pronto á envolver al enemigo por sus flancos, si éste intentaba un ataque sério sobre los fuertes de Guadalupe y Loreto.

En los tres siguientes días los franceses continuaron sus movimientos de circunvalación, ocupando primero el camino de México, cortando allí el hilo telegráfico de Puebla á la Capital, y tomando después el cerro de San Juan, donde más tarde estableció Forey su cuartel general, y un verdadero campamento para su servicio militar.

Cinco días trascurrieron en estos movimientos, sin que ocurrieran más que algunas escaramuzas entre las avanzadas de ambos ejércitos.

Por fin el día 22 comenzaron las hostilidades de una manera formal sobre algunos puntos de la primera línea fortificada de la ciudad, especialmente sobre los fuertes de San Javier y el Parral que sufrieron un fuerte cañoneo. Pero ninguna ventaja obtuvieron los sitiadores, al contrario, los puntos avanzados que intentaron ocupar tuvieron que abandonarlos, arrojados por nuestras fuerzas y sufriendo muchas pérdidas.

Los franceses habían abierto ya sus paralelas y á su abrigo se prepararon el día 25 á dar un asalto á la plaza.

El 26 en la noche rompieron los franceses sus fuegos formando fuertes columnas como si fueran á dar un asalto: la plaza contestó en el acto y la guarnición se puso sobre las armas para rechazar al enemigo.

Toda la noche y el siguiente día continuó vivísimo el fuego de cañón, cayendo infinidad de bombas sobre la ciudad y quedando destruído el fuerte de San Javier.

Por fin á las ocho y media de la noche se desprendieron de las paralelas las columnas de ataque, lanzándose al asalto con todo el brío que le es natural al soldado francés.

Pero éste encontró á su frente un adversario digno que lo recibió con un fuego vivísimo de fusilería. Defendían el fuerte de San Javier

los batallones 2º y 6º de Guanajuato, á la vez que fuera de la fortificación flanqueaban á los franceses por la derecha el batallón de rifles y por la izquierda los batallones 3º, 4º y 5º de Zacatecas.

Desde en la tarde, y previendo el ataque, el General en Jefe había situado en campo raso cuatro baterías de la reserva general que batieron los dos flancos del enemigo.

El combate fué reñidísimo y sangriento, luchando cuerpo á cuerpo los combatientes sobre los reductos, pero en una hora los franceses fueron completamente derrotados, destruídas sus columnas y retirándose los restos de ellas en completa dispersión. Estos sucesos tuvieron lugar en la noche del 26 de Marzo de 1863.

El día 28 á la una y media de la mañana dieron otro asalto los franceses, llegando sus columnas hasta el foso del mismo fuerte; pero de nuevo fueron rechazados, debiéndose tener en cuenta que las cortinas y baluartes de San Javier estaban completamente destruídas.

Al terminar el mes, el General Gonzalez Ortega, después de oír la opinión pericial de sus ingenieros, mandó desartillar el fuerte de San Javier, sacar de él las municiones de guerra y abandonarlo como tal fuerte, puesto que estaban sus baluartes y murallas convertidas en ruinas y cegados los fosos con los escombros.

Sin embargo, se quiso disputar por última vez al invasor aquel punto para demostrarle que los mexicanos estaban resueltos á defender palmo á palmo el suelo patrio.

A las 3 y media de la tarde del día 30 de Marzo, rompió de nuevo el enemigo sus fuegos de artillería sobre la Penitenciaría, que servía de base al fuerte de San Javier, y á las cuatro lanzó sobre aquel punto gruesas columnas que se desprendieron de las paralelas audazmente abiertas á cuarenta varas del fuerte.

Dos batallones, uno de Guanajuato y otro de Morelia, resistieron al asalto en el patio de la Penitenciaría; pero pronto fueron auxiliados por alguna fuerza de los puntos inmediatos y de las reservas, consiguiéndose hacer sufrir fuertes pérdidas al enemigo y que éste se resguardara en sus paralelas y en el centro del edificio de la Penitenciaría.

Y sin embargo de la pérdida del fuerte, á pesar de que los franceses hicieron fuego durante treinta y dos horas sobre nuestra línea y

de haber intentado ocupar las avanzadas situadas á la retaguardia del fuerte, conseguimos conservar éstas.

En los siguientes dias á la ocupación del fuerte de San Javier los franceses se limitaron á batir con la artilleria situada en sus paralelas y con un contínuo fuego de rifle los reductos de Morelos y las manzanas situadas á la retaguardia del edificio.

La división de Negrete que defendía aquellos puntos peligrosísimos, por estar batidos incesantemente por el enemigo, había sufrido muchísimo, por lo cual el General en Jefe mandó relevarla la noche del 31 de Marzo, con la reserva de la primera División que mandaba Berriozábal.

En el acto fué ejecutada la orden, y á la una de la noche se presentó el General Porfirio Díaz al frente de la fuerza que mandaba, recibiendo los reductos y edificios que deseaba defender Gonzalez Ortega, indicándole éste los puntos donde la defensa sólo debía ser provisional y débil, y en los que se debían conservar á todo trance hasta que quedara la fuerza muerta ó prisionera.

CAPITULO XII.

Continuación del sitio.—Ultimos episodios.—Rendición de la plaza.



RONTO quedó establecida la segunda línea que debía sustituir la que se había perdido con el fuerte de San Javier, y en la cual tenían que resentirse con mayores desventajas los ataques de los franceses, por lo débil de la construcción de aquellos edificios.

Pero en aquella línea se encontraban el General Díaz y el General La Llave, que fué encargado de la defensa de la línea de la derecha.

En la noche del 2 de Abril los franceses rompieron sus fuegos sobre la línea de vanguardia de San Agustín, logrando á las ocho y media abrir con su poderosa artillería una brecha en el cuartel de San Marcos, que ocupaba el General Díaz.

Al momento lanzó una gruesa columna que ocupó la mitad del cuartel, mientras que en la otra mitad quedaron los defensores del punto.

Allí tuvo lugar un combate reñidísimo, sangriento, y casi cuerpo á cuerpo. Los mexicanos hicieron prodigios de valor, y Porfirio entre el humo y los escombros dirigió aquella admirable resistencia hecha en las sombras, iluminada sólo por el fuego de la fusilería y del cañón. A la media noche los franceses fueron arrojados del punto, dejando allí sus muertos y sus armas.

A las dos de la mañana el enemigo intentó un nuevo ataque por otro punto, por la manzana de la plazuela de San Agustín. Después de haber abierto la brecha lanzó por allí sus columnas, pero fué vigorosamente recibido por el 6º batallón de Jalisco y por el 4º batallón; el General Díaz acudió en el acto al lugar del peligro, emprendiéndose un combate tan encarnizado como el anterior. A las cinco de la mañana los franceses fueron rechazados, dejando en nuestro poder sus armas, sus muertos y sus heridos.

En la orden general de la plaza, del día 3 al 4 de Abril, el General en Jefe mandó se hiciese una mención honorífica de los Jefes que alcanzaron tan brillantes triunfos y especialmente del Señor Porfirio Díaz que dirigió la defensa, dando ejemplo de valor y actividad.

Personalmente, en efecto, y al frente de cincuenta hombres del 1º de Toluca, Porfirio, saltando el antepecho que cubría la manzana llamada de Cabecitas que asaltaban los franceses, resistió á los asaltantes hasta obligarlos á replegarse. Y cuando volvieron al asalto por el costado izquierdo del cuartel de San Marcos, logró rechazarlos de nuevo, después de un largo combate.

En premio de estas acciones de guerra el Gobierno lo hizo General de Brigada efectivo, más tarde, en 29 de Mayo de 1863.

Nos estenderíamos demasiado si narráramos todos los lances acaecidos durante el largo sitio de Puebla: baste decir que el General Díaz prestó servicios eminentísimos, distinguiéndose entre los héroes que tan alto levantaron el honor nacional. Pueden citarse especialmente los últimos combates que tuvieron lugar al concluir el mes de Abril, y en los cuales los franceses adquirieron la convicción de que por la fuerza jamás ocuparían la plaza.

El día 19 del citado mes asaltaron las manzanas ocupadas por Sanchez Roman en los momentos en que accidentalmente se hallaba en aquel punto el General Porfirio Díaz, que había ido allí á visitar á los Jefes de la línea. Hay que tener en cuenta que sobre esa línea, encomendada al General Miguel Auza y que formaba parte de la que mandaba el General Berriozábal, día á día incesantemente había concentrado sus fuegos de cañón el sitiador, extendiendo sus tiros hasta el fuerte de Teotimehuacán.

Los franceses lograron al fin abrir por todas partes grandes brechas, que se cubrían con pelotones de nuestros soldados: además, las paralelas y trabajos de zapa por donde avanzaba el enemigo estaban á unos cuantos metros de la línea mexicana.

Poco después de las cuatro de la tarde del citado día 19 los zuevos se lanzaron sobre las brechas: allí los aguardaba Porfirio, quien después de combatir heroicamente, logró rechazarlos. Pero nuestros soldados, creyendo, desgraciadamente, derrotado por completo al enemigo, no se aprestaron á un nuevo combate: y los franceses, aprovechando la ocasión, hicieron de nuevo un rapidísimo empuje sobre las manzanas.

En vano Porfirio, que no se había alejado, defendió el punto no sólo con valor sino con desesperación; por mucho tiempo combatió envuelto entre el humo y el polvo de los derrumbes, teniendo que salir casi asfixiado de entre los ascombros: al fin se vió obligado á abandonar aquellas manzanas después de haber perdido trescientos hombres entre muertos y heridos, y una pieza de montaña que quedó enterrada bajo el techo de una casa.

Cada manzana formaba una especie de ciudadela que sólo de cerca podían atacar los franceses, y que les costaba enormes pérdidas: luego que el cañón había abierto brecha en la pared exterior de las casas, el enemigo se lanzaba por la abertura; pero allí se estrellaba en las trincheras levantadas en los patios, recibiendo un fuego mortífero por las troneras practicadas en las paredes interiores. Y conquistada por el sitiador una posición, ocupando muchas veces sólo ruinas, tenía que comenzar aquella misma operación sobre la manzana siguiente.

En esta lucha incesante durante el día y la noche, sin respiro y sin

cuartel, el General Díaz se hizo notar por su valor, su audacia y su sangre fría, y ésto cuando todos los defensores de la plaza, como Auza, Llave y los Jefes inferiores daban pruebas brillantes de heroísmo.

Esta admirable resistencia y las pérdidas sufridas por el ejército francés en la toma de San Marcos y en el ataque del convento de Santa Inés, obligaron á Forey á desistir del plan que había adoptado de ir ocupando la ciudad manzana por manzana, resolviéndose esperar á rendir la guarnición tras un largo asedio, y cuando faltaran víveres y municiones.

Por fin la derrota sufrida por el Ejército del Centro en San Lorenzo el día 8 de Mayo decidió la suerte de la plaza sitiada, que no podía ya ser socorrida.

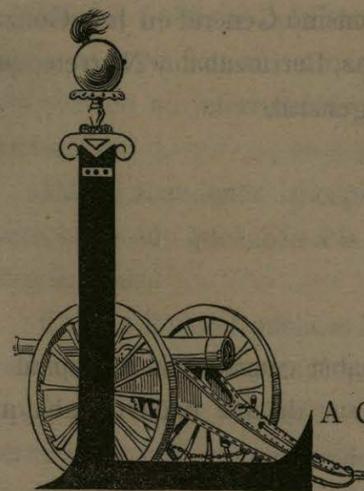
El 17 de Mayo á las cuatro de la mañana, dirigió Gonzalez Ortega una carta á Forey, en la que le comunicaba que no pudiendo defender por más tiempo la plaza, en virtud de carecer absolutamente de municiones y víveres, disolvía el ejército de su mando, destruyendo sus armas y su artillería.

Le participaba por tanto, que podía ocupar la ciudad, dictando, si lo creía conveniente, las medidas necesarias para evitar las desgracias que pudieran ocurrir con una ocupación violenta, y por último, que el mismo General en Jefe y los Generales y Oficiales del Ejército mexicano, reunidos en el Palacio del Gobierno, se constitufan prisioneros.

La defensa de Puebla es uno de los timbres más gloriosos de nuestra historia, que ha recogido los nombres de aquellos héroes para legarlos á la posteridad.

CAPITULO XIII.

Después de la ocupación.—Situación de la Capital.—Marcha del Señor Juarez para el interior.—Retirada del Ejército.—El General Porfirio Díaz en San Juan del Río.



A Ciudad de Puebla de Zaragoza había succumbido: el Ejército del Centro, compuesto en su mayor parte de reclutas,

había sufrido un revés que redujo su número á una tercera parte, y el Ejército de Oriente no existía: se había suicidado gloriosamente por no poder continuar defendiendo la plaza que se le había confiado.

Once mil soldados mexicanos que habían sido capturados por los franceses, fueron condenados á la suerte más ruda é infamante. Unos quedaron refundidos en las hordas de Márquez, á fin de poder dar al asesino de Tacubaya lo que nunca había logrado tener, soldados que supieran batirse y desconocieran las hazañas de encrucijada, tan comunes en las gavillas de la reacción.

Otros prisioneros fueron á trabajar en el camino de fierro de Veracruz y allí murieron todos de insolación, de fiebre amarilla ó de alguna otra de las terribles enfermedades de aquella zona.

Veintiseis Generales y mil doscientos Jefes y Oficiales quedaron prisioneros: y todos se rehusaron á firmar el compromiso que les exigía Forey, para ponerlos en libertad, de no tomar más las armas en defensa de la Patria.

Entonces dispuso el General francés deportar á la Martinica aquellos héroes, entre los cuales no hubo uno que se prestara á aquel acto de cobardía y debilidad.

Muchos de los Generales, casi todos, lograron sin embargo evadirse, unos de la misma ciudad de Puebla, y otros del camino de Veracruz, á pesar de ir escoltados por una fuerza numerosa y de ser tratados con excesivo rigor.

Entre los primeros se contaban el mismo General en Jefe Gonzalez Ortega, y los Generales Porfirio Díaz, Berriozábal y Negrete, que marcharon á presentarse al Gobierno general.

Profunda sensación, entre tanto, había causado en la Capital la noticia de la ocupación de Puebla, á pesar de que nadie dudaba que ese sería el resultado forzoso del sitio.

Y sin embargo, ni el Gobierno republicano, ni el pueblo sintieron menguar su fé en el triunfo de su causa.

Juarez, con su fuerza de ánimo inquebrantable, activaba rápidamente las obras de fortificación de la Capital, resuelto sin duda á no entregar ésta sino después de una resistencia tan enérgica como la de Puebla.

Pero ya fuese que comprendiera el Presidente que con los restos del Ejército del Centro no podía defender una ciudad de aerea tan extensa como México, ya porque temía que una población tan sibarita, donde sólo imperan el lujo y el egoismo de los intereses materiales,

careciese de la virilidad necesaria para los sacrificios del heroísmo, el hecho fué que se dispuso abandonar la Capital y establecer los Poderes públicos en San Luis Potosí.

El 31 de Mayo cerró sus sesiones el Congreso de la Unión con todas las solemnidades reglamentarias, después de haber declarado que el Ejército de Oriente mereció bien de la patria, y de haber otorgado facultades omnímodas al Presidente Juarez, con la sola limitación de que éste conservaría la integridad é independencia del territorio nacional, sin aceptar intervención extranjera alguna.

En la tarde de ese mismo día el personal del Gobierno salió de la Capital para Querétaro, á donde llegó el Señor Juarez con sus ministros, después de haber pasado por el peligro inminente de ser atacadas las diligencias y carruajes por alguna de las guerrillas de Mejía, que interceptaban el camino del interior.

Pero el Gobierno del Estado situó las escoltas suficientes y el Ejecutivo de la Nación, en su marcha hasta San Luis Potosí, sólo recibió una ovación no interrumpida de las Autoridades, del Ejército y del pueblo.

Más al abandonar la capital se habían salvado los elementos de guerra que aún quedaban á la Nación, así como los archivos y el Tesoro federal.

Con los Poderes públicos habían abandonado la ciudad no sólo los funcionarios y los empleados, sino multitud de familias, unas temiendo las tropelías de las hordas clericales de Márquez, y otras por no permanecer bajo el dominio del invasor.

Porfirio Díaz, tomando el mando del Ejército del Centro, quedó encargado de cubrir la retaguardia, y recibió á la vez la orden del Ministerio de la Guerra de marchar para Toluca con su división.

Durante la primera jornada, al cruzar la montaña tanto las tropas como la inmensa caravana que se retiraba por aquel rumbo, las hordas de Butrón se precipitaron de las rocas del Monte de las Cruces intentando cortar aquel convoy, para robar á los que se hubieran alejado de las tropas.

Este ataque produjo algun desórden, durante el cual algunos cuerpos, desmoralizados ya, intentaron desbandarse. Y acaso lo hu-

bieran logrado, haciendo cundir la desmoralización en todo el Ejército, sin la sangre fría y el valor tranquilo del General Porfirio Díaz que se presentó violentamente, arrojándose sobre los amotinados.

El fuego era vivísimo, sin que pudiera distinguirse la posición del enemigo, pues á la vez que atacaban los guerrilleros de Butrón los soldados federales se hacían fuego entre sí, en tanto que los empleados y las familias que caminaban entre las tropas aumentaban la confusión, huyendo por do quier.

El Señor Díaz entonces, lanzó un regimiento de caballería sobre los bandidos reaccionarios que huyeron por el monte, á la vez que cercó el cuerpo amotinado, y, sobre la marcha, mandó pasar por las armas á los insurrectos. En el acto cesó el motin, y el convoy y las tropas llegaron á la capital del Estado de México sin novedad alguna.

Porfirio Díaz marchó entonces para Querétaro, donde comenzó á reorganizar el Ejército de operaciones, que volvió á llamarse después de Oriente, situándose en San Juan del Río.

Cuatro meses permaneció el General Díaz en aquella pintoresca población enteramente consagrado á aumentar su fuerza, equiparla, armarla é instruir-la, hasta formar una división de las tres armas, admirable por su moralidad y su disciplina. Es que estaba perfectamente secundado por los Jefes que militaban á sus órdenes, la mayor parte de los cuales habían hecho con él la campaña de Oriente.

Por fin, en los primeros días de Octubre de 1863 el General Díaz, después de haber conferenciado con el Ministro de la Guerra en Querétaro, partió de San Juan del Río con su división, tomando el camino de la montaña: era entonces General de División nombrado por el Señor Juárez en 15 de dicho mes. A petición suya el Señor Juárez le había encomendado hiciera la campaña de Oriente, comenzando por el Estado de Oaxaca que no había sido ocupado aún por los franceses.

Aquel era un plan atrevidísimo, porque el General Díaz iba á combatir casi sólo en una vasta extensión de territorio, que permanecía entonces tranquilo dominado por la invasión, á la que se había sometido por cansancio tras una lucha sangrientísima, y por falta de caudillos que empuñaran la bandera de la insurrección.

El estupor fué profundo al ver marchar aquel pequeño cuerpo de Ejército hacia el Sud-Este de la República: iba en efecto el General Díaz á atravesar un país ocupado por los invasores y por los traidores que, á la sombra de aquellos, levantaron fuerzas numerosas, perfectamente equipadas y municionadas.

Tomó el Señor Díaz por la montaña el camino de Amealco y allí hizo su primera jornada. Al siguiente día continuó por los Molinos de Caballero marchando después por Aganguero, Orocutin, Laureles, los Arcos, Almoloya, Soltepec y Zacualpam.

Así llegó á Tasco donde derrotó á la guarnición, haciéndola prisionera y apoderándose de algunos elementos de guerra, en un combate reñidísimo, por haberse defendido valientemente los imperialistas durante los días 26, 27 y 28 de Octubre.

Y habiendo arrollado á su paso las fuerzas que se le opusieron, logró situarse en la línea divisoria entre los Estados de Puebla, Guerrero y Oaxaca.

Los Jefes reaccionarios Visoso, Valdés y Vicario, después de la derrota de éste último, no se atrevieron á aproximarse á las fuerzas del General Díaz á pesar de que los franceses habían ministrado á los traidores todo género de recursos, y de que enviaron en su apoyo una fuerte columna de zuavos á Cuernavaca, al saber la aparición de los republicanos por aquellos rumbos.

Solo Visoso tomó rápidamente el camino de las Mistecas: y como su fuerza era numerosa, el Gobernador de Oaxaca hizo algunos preparativos de defensa.

El Señor General Díaz había hecho desde Tasco hasta Oaxaca una marcha tan rápida como estratégica, tocando los siguientes puntos: Tepecuacuilco, Chilapa, Ayoscinapa, Atlixteca, Tlapa, Ixcatiopa, Alcoxanca, Xilacayoapan, Huajuapam de Leon, Tamazulapa, Tlajiaco, Nochistlán, Huauclyia, Huitzeo, Etlá y Oaxaca.

Pero al dirigirse á la Capital del Estado para ponerse en relaciones con el Gobernador marchó solo, acompañado únicamente de un ayudante, dejando atrás acampada su fuerza, á sesenta leguas de distancia.

Así quiso demostrar que no quería ejercer presión alguna sobre

la autoridad, ni llevaba miras preconcebidas de apoderarse de un mando que en manera alguna ambicionaba, á pesar de estar revestido de facultades por el Gobierno General para disponer de las rentas federales y de la Guardia Nacional de Oaxaca, según el decreto de 22 de Septiembre de 1863.

Al mes siguiente, en 28 de Octubre, se dió mayor extensión á estas facultades, comprendiendo en ellas á Veracruz, Puebla y Tlaxcala, con el cual el General Díaz tenía el mando militar de cuatro entidades federativas declaradas en estado de sitio.

Luego que el General Díaz llegó á la ciudad, donde fué recibido con verdadero entusiasmo, tuvo algunas conferencias con el Gobernador y los diputados de la Legislatura. Y éstos funcionarios creyeron necesario que Porfirio reasumiera los mandos político y militar del Estado á fin de organizar mejor la campaña, y hacer las economías que reclamaba imperiosamente la situación angustiosa del Erario.

El General Díaz, después de haber objetado esta medida, se vió obligado á aceptarla, con la condición de que el poder judicial y los ayuntamientos funcionarían con entera independencia del poder militar.

El General Díaz consagróse entonces á la administración, estableciendo el orden más perfecto en las rentas públicas, logrando así que éstas aumentaran, sin lo cual hubiera sido imposible atender á las imperiosas y crecidas atenciones de la guerra, y al sostenimiento de la División que constaba de cerca de cuatro mil hombres de las tres armas.

Y no desatendió á los demás Estados que quedaron bajo su mando, estableciendo dos comandancias militares en los Estados de Veracruz y Puebla, una al Sur y otra al Norte, á fin de que cada una atendiera mejor á las exigencias políticas y militares de tan vasta demarcación. La de Sotavento de Veracruz la confió al General Alejandro García, cuya lealtad y patriotismo le eran tan conocidos.

Hizo más aún; á pesar de que su autorización no comprendía los Estados de Tabasco y Chiapas, quiso auxiliar á los patriotas que tan heroicamente luchaban en ellos por la independencia de la Patria.

En tal virtud mandó al General Salinas con un Batallón de infan-

tería y un pelotón de artilleros á Tuxtla Gutierrez, donde con algunas piezas de artillería, mal servidas por falta de personal, se sostenían los republicanos. Llevaba además el General Salinas trescientos fusiles para la Guardia Nacional del Estado, y orden para hacer la campaña de Chiapas y apoyar á los patriotas de Tabasco, cuyas instrucciones fueron cumplidas, obteniéndose un triunfo completo.

El General Díaz, para consagrarse exclusivamente á la campaña que iba á abrirse ya, nombró Gobernador y Comandante militar del Estado de Oaxaca al General J. M. Ballesteros, conservando únicamente el mando del Ejército de operaciones. Quedaron además con el mando político y militar Gregorio Mendez en Tabasco, Pantaleon Dominguez en Chiapas, Pablo García en Campeche y Manuel Zepeda Peraza en Yucatan.